



Amable Sánchez

ESPEJOS Y ESPEJISMOS

Leído el 23 de septiembre de 2008, en el homenaje que la Facultad de Derecho de la Universidad Francisco Marroquín rindió a la Licda. Siang Aguado de Seidner, como Reconocimiento al Autor Nacional, por la publicación de su libro “Juego de Espejos”.

Asistí a la escolita de mi pueblo de 1941 a 1948. Mi pueblo –para quienes quieran saberlo y también para quienes no lo quieran– se llama Morasverdes. Entre los libros que encontré en la escuela, había uno que se titulaba “Rueda de espejos”. Era una colección miscelánea de asuntos interesantes y curiosos. En él aprendí que hay cocodrilos que utilizan palillos de dientes y hormigas que tienen vacas lecheras. También me encontré por primera vez con los versos de Juan Ramón Jiménez y de Federico García Lorca, que ya nunca me abandonaron.

Creo haber leído en algún sitio que nadie como Jorge Luis Borges ha usado, rimado incluso, más veces ni mejor las palabras espejo y reflejo. Él mismo refiere que se quedó absorto ante el hallazgo de esta metáfora persa: “luna, espejo del tiempo”. Sin embargo, parece que Borges les tenía miedo. Baste como ejemplo el propio poema “Los espejos”, recogido en su libro “El otro”, el mismo. Leeré solamente algunos versos de él.

“Yo que sentí el horror de los espejos / No sólo ante el cristal impenetrable / Donde acaba y empieza, inhabitable, / Un imposible espacio de reflejos, // Sino ante el agua especular que imita / el otro azul en su profundo cielo / Que a veces raya el ilusorio velo / Del ave inversa o que un temblor agita, // Y ante la superficie silenciosa / Del ébano sutil cuya tersura / Repite como un sueño de blancura / De un vago mármol o una vaga rosa, //

Amable Sánchez:

Escritor español que desde 1966 radica en Guatemala. Es licenciado en Teología, doctor en Letras y Filosofía, licenciado en Derecho, abogado y notario. Publica semanalmente en El Periódico.



El título “Juego de espejos” surgió inesperadamente de unas relecturas de la obra de Borges, en donde el símbolo de los espejos y los laberintos siempre están presentes.

Hoy, al cabo de tantos y perplejos / Años de errar bajo la varia luna / Me pregunto qué azar de la fortuna / Hizo que yo temiera los espejos...”

Como se ve, no solamente los espejos, sino hasta el agua, el ébano, o cualquier superficie que los reproduzca o los imite, le dan miedo. ¿Por qué? ¿Acaso no era ciego Borges?

“Nos acecha el cristal. Si entre las cuatro / Paredes de la alcoba hay un espejo, / Ya no estoy solo. Hay otro. Hay el reflejo / Que arma en el alba un sigiloso teatro”.

¿Qué es lo que pasa? ¿Tiene Borges más miedo de estar acompañado que de estar solo? Pero ¿acompañado de quién? ¿De fantasmas acaso? ¿De marionetas de un guiñol, cuyos hilos maneja caprichosamente algún genio maligno?

“Dios (he dado en pensar) pone un empeño / En toda esta inasible arquitectura / Que edifica la luz con la tersura / Del cristal y la sombra con el sueño. // Dios ha creado las noches que se arman / De sueños y las formas del espejo / Para que el hombre sienta que es reflejo / Y vanidad. Por eso nos alarman”.

¿Están ustedes de acuerdo? Pero esto de la “vánitas vanitatum et omnia vánitas” no es ninguna originalidad de Borges: lo dijo, hace ya muchos años, Tomás de Kempis, y muchos más aún, supuestamente allá por el siglo III a. C., el Cohelet del Eclesiastés.

La licenciada Siang Aguado de Seidner ha publicado un libro, cuyo título es precisamente “Juego de espejos”. ¿Por qué lo habrá titulado así? Ella misma nos dice “a manera de presentación”: “El título JUEGO DE ESPEJOS surgió inesperadamente de unas relecturas de la obra de Borges, en donde el símbolo de los espejos y los laberintos siempre están presentes y son parte de su comprensión y captación



intelectual e imaginaria del mundo. Porque, en realidad, no hay duda, que el espejo seguirá siendo misterioso y extraño, y como la luna, que es un espejo, tendrá su lado oscuro y desconocido”.

¿Les convence la respuesta? A mí no. Para mí hay otra respuesta más sutil, más compleja y más profunda. También quizá más hermosa. Siang ha titulado su libro “Juego de espejos” por estas dos razones: porque es mujer y porque se llama Siang.

Primero, no hay mujer que se precie de serlo para quien el espejo no sea un arma y un escudo, una herramienta y un tesoro, un talismán y un sortilegio. ¿Conocen ustedes alguna? La mujer puede perder el reloj, el celular, las llaves de la casa, la chequera, la cabeza incluso..., y sobrevivir para contarlo. ¿Pero el espejo...? Eso nunca. Antes cualquier desgracia, pero eso no. Y es que ambos se necesitan. La mujer le da sentido al espejo y el espejo le da sentido a la mujer. Siempre viven frente a frente, dándose la cara: a veces se desafían, otras se pelean, otras se guiñan el ojo, otras capitulan, pero siempre coquetean, son cómplices el uno del otro, llegan incluso a mentirse y a engañarse. Nada de eso los alarma ni los inquieta, porque pareciera que están destinados —predestinados, me atrevería a decir— a engañarse y a salvarse mientras se engañan. Ese es el juego y el juego es lo que cuenta. Si se dan la espalda, dejan de existir los dos: el espejo deja de existir para la mujer y la mujer deja de existir para el espejo. Y entonces ¿qué? Hace muchos años escribí este proverbio, que incluí entre los Proverbios y cantares que se le olvidaron a Machado: “Ponte detrás del espejo, / no delante, que detrás / encontrarás tu verdad / al fondo de tu reflejo”. Pero esto es predicar en el desierto, y, como dice el refrán, “predicar en desierto sermón perdido”. A las mujeres no les importa para nada esta filosofía.

Hay entre la mujer y el espejo un pacto continuo. Tal vez muchos pactos. Pactos a veces hermosos, a veces complicados, a veces terribles. No sólo se trata de una complicidad, sino hasta de una simbiosis. Pero ¿qué sería el mundo sin mujeres? ¿Y qué sin espejos, donde las mujeres puedan mirarse? La mujer usa el espejo

Siang ha titulado su libro “Juego de espejos” por estas dos razones: porque es mujer y porque se llama Siang.



para ser y para dejar de ser; para resaltar sus facciones y para convertirse en máscara; y así el espejo es su guarda-espalda precisamente porque es su guarda-rostro. Hay momentos en que se aproxima tanto a él, que puede desaparecer materialmente tragada y quedar reducida sólo a un espejismo. Es entonces cuando resulta más peligrosa, porque ya no tiene asideros ni contornos. Y también cuando –alucinados, alunizados, enlunizados o simplemente lunáticos– podemos caer de bruces en ella, sin remisión posible. Para consolarnos, cantamos “¡Oh, félix culpa...!” y aquí no ha pasado nada. ¿No ha pasado nada?

La otra razón del título es que Siang se llama... Siang. Parece que esta palabra es un término sánscrito y se traduce en español por “tan clara y pura como la luz del día”. ¿Y cómo no ha de tener relación con los espejos la clara y pura luz del día? ¿No es el alba la primera que se mira en el espejo, ante él se peina y se acicala, y en este embeleso –¿o es embeleco tal vez?– permanece hasta la tarde? Es más: cuando llega la noche, se viste su traje de lentejuelas, cambia de espejo, pero no de manía, y sigue mirándose en él hasta la mañana siguiente. ¿No es un espejo el paisaje, no lo es el cielo, no lo es el río? ¿Y cuando hay niebla?, se preguntará el pesimista. Entonces el espejo sólo está empañado, y mirarse en él resulta incluso más incitante, más atractivo y más misterioso. Pero hay otra cosa.

Escuchen: “En la tarde, / lenta, / solitaria, / te he buscado / en el agua, / limpia, clara. // Y el agua se ha ido / cantando tu nombre –Siang..., Siang..., Siang...– / hasta el mar / inmenso, infinito, / de tu alma”. Es el poema, el espejo, que el Dr. Salvador Aguado escribió para que su hija se mirara en él, “tan pura y clara como la luz del día”. Porque Siang se ha mirado siempre, y sigue mirándose, en el espejo de su padre. De ese hombre –Dr. Salvador Aguado Andreut– que fue también... un experto forjador de espejos.